

Los movimientos sociales son a menudo un lugar de innovación y experimentación política singular. En ellos activistas y ciudadanos de a pie tienen la ocasión de interpretar y poner en práctica sus valores políticos y así como las normas que regulan cuestiones tan relevantes como la inclusión y la participación política. Esto ocurre en un contexto atravesado por necesidades epistémicas y funcionales, así como valores morales y estéticos, entre los muchos otros elementos que configuran las prácticas de un movimiento social. El estudio de los movimientos sociales a través de un enfoque etnográfico puede contribuir a desarrollar el significado concreto de esas normas y valores, analizando las prácticas que los encarnan de manera más o menos exitosa y ganar así nuevas perspectivas que enriquezcan los debates en teoría y filosofía política. Además, el enfoque etnográfico puede contribuir a explorar las relaciones que los valores y las normas políticas pueden establecer con el resto de elementos que configuran la práctica política. En mi opinión, una manera particularmente interesante y provechosa de hacerlo consiste en identificar maneras en las que los actores, en este caso, activistas y otros participantes en movimientos sociales, a menudo se encuentran en un proceso continuo de ajuste y reinterpretación de los varios elementos – normativos, epistémicos, funcionales, estéticos, etc. – que componen sus prácticas.

Como ejemplo de ello, en los próximos minutos quisiera presentar un estudio etnográfico realizado por mí mismo y analizado junto a Lisa Herzog en la Universidad de Groningen. Los resultados han sido publicados bajo el título “A Realist Epistemic Utopia: Epistemic Practices in a Climate Camp” en 2021 en el *Journal of Social Philosophy*. En este estudio investigamos cómo activistas y ciudadanos de a pie que participaron en una “acampada por el clima” en el norte de Alemania en el año 2019 encararon algunos de los desafíos que aparecen de forma recurrente en este tipo de eventos. Más concretamente, durante el estudio centramos nuestra atención sobre dos tensiones que afectaban al día a día de los agentes durante la acampada – se trata de dos tensiones que afectaban la relación entre diferentes dimensiones de su práctica política.

Por un lado, investigamos si los ideales políticos de democracia participativa, inclusiva y horizontal que constituían elementos centrales de la comprensión política de muchos de los integrantes de la acampada se podían ver comprometidos por las asimetrías en el saber existentes entre sus participantes. Y es que la acampada se entendía como un lugar de práctica política dónde se promovía de forma activa la reducción de todo tipo de jerarquías. Sin embargo, y en tensión con esta promoción activa de la horizontalidad, en la acampada se encontraban activistas con años de experiencia en el mundo del activismo que conocían las normas, dinámicas, los estándares estéticos que suelen regir este tipo de eventos. Otros poseían un saber técnico sobre cuestiones relacionadas con la logística y la construcción de los espacios donde tenía que desarrollarse las actividades de la acampada. Otros poseían a su vez saberes expertos relacionados con sus estudios, su ámbito profesional, sus intereses personales, o sus propias experiencias socialmente situadas. Además, las actividades de la acampada incluían invitar a “expertos y expertas” en materias relacionadas con la ecología y la acción política. ¿Cómo compatibilizar o al menos modular la relación entre ideales de participación horizontal y la presencia asimetrías de este tipo?

Esta cuestión está íntimamente ligada a una segunda tensión, a saber, la tensión existente entre los ideales de participación inclusiva y horizontal y los requerimientos relacionados con la resolución de los problemas individuales y colectivos que emergen

en el contexto de una acampada. Estos problemas a menudo combinaban aspectos funcionales y éticos. Dicho de otra manera, durante la acampada, alguien se tenía que encargar de la construcción y correcto funcionamiento de los baños, de la cocina, de la comunicación con los medios de comunicación, los vecinos, la policía y los representantes políticos de la zona. Al mismo tiempo, las “soluciones” a todos estos problemas tenían que darse dentro de un marco normativo que respetara valores importantes para los participantes: por ejemplo, los baños tenían que respetar las opciones de género de una forma justa. Dicho esto, parecería que habría suficientes razones para pensar que los ideales de participación horizontal debían entrar en tensión con la posibilidad de dar una solución eficaz y eficiente a estas cuestiones, puesto que, como veremos, la figura del experto o la experta pasa a ser replanteada en el contexto de la acampada, y con ello se limitan las posibilidades de recurrir a ellos para identificar, articular y resolver estos problemas adecuadamente.

Quisiera decir antes de nada que, pesar de que en nuestro estudio no elaboramos criterios cuantitativos para medir el éxito en la resolución de ambas tensiones – es decir, entre principios de participación horizontal y asimetrías de saber, y entre estos principios y la resolución eficaz y eficiente de problemas – sí que partimos de la percepción, compartida tanto por mí como por todos los participantes a los que entrevisté (que a su vez dieron cuenta de la opinión de muchos otros participantes) de que en la acampada estas tensiones se resolvían a menudo de manera que no se comprometían seriamente ni los principios de participación democrática horizontal, ni el reconocimiento de la autoridad epistémica de los “expertos”, ni la resolución eficiente y eficaz de los problemas generados durante la acampada.

Nuestro análisis pues parte de esta premisa – la de un éxito relativo (y que tomamos con cierta cautela) en el mantenimiento de principios políticos, los estatus epistémicos, y requisitos ético-funcionales de la acampada. Nuestra pregunta de investigación concernía pues qué mecanismos o estrategias eran puestas en práctica por las y los participantes en la acampada para lograr establecer una relación fluida y de continuo ajuste entre estos tres elementos mencionados.

Durante el estudio recogimos tres tipos de materiales: las notas tomadas durante 7 días de observación participativa en la acampada, 11 entrevistas semi-estructuradas de una hora de duración realizadas a 5 hombres y 5, así como a una persona que se identificaba como de género no-binario. También analizamos materiales diversos (noticias, web de la acampada, etc.). La acampada duraba unos 15 días a pesar de que yo realicé las observaciones en los 7 primeros días del evento y llegaron a participar unas 1000 personas en su momento álgido (durante los fines de semana).

Vuelvo, ahora sí, a la primera tensión. Esta se podría reformular de la siguiente manera: ¿Cómo mantener el estatus de “experto/a” sin que las asimetrías en saber se tradujeran en jerarquías en la práctica? Es decir, ¿cómo conseguir que los expertos “no manden” mientras que al mismo tiempo sus contribuciones puedan ser reconocida e integradas en las diferentes situaciones problemáticas en las que los participantes se encontraban? En nuestro análisis, identificamos varias estrategias que quisiera mencionar brevemente aquí:

Un primer tipo de estrategias que pudimos observar incluye prácticas cuyos objetivos se orientaban directamente a la reducción de las asimetrías epistémicas existentes

promoviendo el aprendizaje en común. Entre estas estrategias encontramos por ejemplo, la de intentar maximizar el rango de actividades en las que los/las participantes podían participar (cocina, electricidad) – es decir, a pesar de existir una división del trabajo, se promovía la familiaridad con los diferentes ámbitos de acción. Una manera de hacer esto consistía en implicar a los asistentes a la organización y montaje de la acampada desde los estadios más iniciales de la misma. Otro conjunto de estrategias consistía en promover espacios (físicos, temporales) para compartir conocimientos y experiencias en contextos de informalidad, donde muchos aprendizajes se realizaban de forma no-regulada. Finalmente, observamos varias estrategias dirigidas a evitar barreras de comunicación que pudieran bloquear el aprendizaje colectivo, como por ejemplo, la presencia continua de un servicio de traducción cooperativo que se asegurara de que el mayor número de lenguas habladas en la acampada estuvieran representadas.

Un segundo grupo de estrategias y mecanismos estaban orientados al cultivo de una cultura experimentalista de resolución de problemas que pone el énfasis sobre la inteligencia colectiva. Esta cultura experimentalista, basada en la experimentación, el falibilismo, y la innovación creativa contribuía a su vez a reinterpretar el estatus epistémico de los/las expertas en un marco más amplio cooperación epistémica conjunta. Elementos que caracterizaban esta “cultura experimentalista” son los siguientes. Primero, la reevaluación del ensayo/error como un espacio de aprendizaje individual y colectivo – y por tanto, donde los expertos tenían que mantener una cierta humildad epistémica (por ejemplo: no estoy seguro, probémoslo). Segundo, la conciencia reflexiva sobre el carácter dinámico y negociable de las categorías que se utilizaban en la acampada. Por ejemplo, la resolución de problemas ético-funcionales respecto a la instalación de los baños tenía en cuenta que todos los integrantes de la acampada tenían que tener oportunidades para discutir y negociar sobre las diferentes identidades de género. Finalmente, la horizontalidad se promovía mediante una apertura radical a nuevos temas: si por un lado, muchos workshops ya estaban programados y organizados por varios grupos de trabajo, se mantenía la puerta abierta a crear nuevos grupos de discusión y de trabajo sobre temas que no constaban en la agenda establecida. La misma materialidad de la agenda (una pizarra de papel puesta a disposición de todos) hacía posible esta flexibilidad de temas y organización tan central en el proyecto político de la acampada y con ello la inclusión de todos aquellos que quisieran compartir sus inquietudes y saberes.

En resumen, quisiera resaltar que el análisis de estos mecanismos y estrategias pone de manifiesto como una comprensión experimentalista del saber nos permite formarnos y repensarnos como sujetos epistémicos. Esto no significa que no se respete el estatus epistémico de aquellos agentes que “saben más.” Significa reinterpretar ese estatus epistémico así como el estatus de los no-expertos en el marco de una idea más amplia de la inteligencia colectiva y con ello facilitar un funcionamiento participativo y “horizontalizador” de la acampada.

Es importante aquí tener en cuenta que, si bien estos mecanismos permitían transformar la dimensión epistémica de las prácticas de los actores, la comprensión de los principios, normas y valores políticos de los actores también experimentaba sus propias transformaciones. En este caso, observamos que el ideal de participación inclusiva y horizontal se entendían como ideales que no se podían realizar sin una acción continua y progresiva. Más importante aún es resaltar que el mismo ideal de inclusión y horizontalidad quedaban modulados y no aplicados de forma abstracta. Así, por

ejemplo, no se trataba simplemente de que todos renunciáramos a dar cualquier tipo de instrucciones a los demás sino de reducir las posiciones jerárquicas dentro de un marco más amplio donde por ejemplo, cada miembro de un grupo de trabajo pudieran dar instrucciones en momentos diferentes, o reducir al mínimo necesario las situaciones de instrucción dadas por un experto o experta promoviendo el aprendizaje experiencial y colectivo. Vemos pues como ideales políticos y estatus epistémicos se reajustaban de forma creativa e innovadora a través de estrategias como las que he mencionado anteriormente.

Es ahora pues tiempo de volver a la segunda tensión, aquella entre los ideales de participación y horizontalidad por un lado, y las necesidades de resolución eficiente y efectiva de los problemas ético-funcionales que podían surgir en la organización de la acampada. Como he mencionado anteriormente, las prácticas basadas en la participación inclusiva y la horizontalidad pueden generar problemas de eficiencia en el trato y resolución de problemas. No sólo porque los expertos juegan un rol menos importante que en otros tipos de organización, sino porque la toma de decisiones bajo condiciones de horizontalidad necesita a menudo la puesta en marcha de prácticas deliberativas que requieren de recursos (véase, de tiempo) que a menudo son escasos. En nuestro análisis, observamos que esta tensión se resolvió mediante el cultivo de una forma de eficiencia diferente a la de los modelos basados en el “managerialismo,” En contraste con este modelo, el modelo de eficiencia predominante en la acampada – al que nosotros le damos el nombre de “eficiencia en sentido amplio” consistía en el cultivo de hábitos de cooperación experimental que, aunque al principio resultaban extraños para muchos participantes, se convertían después en una suerte de “segunda naturaleza” para los agentes.

Estos hábitos adquiridos en gran medida por la promoción de una cultura epistémica experimental que permite un aprendizaje cooperativo, experiencial y holístico , permitían, por ejemplo, que las personas que integraban un grupo de trabajo más fácilmente reemplazables por otras, y que por tanto el trabajo no se interrumpiera si alguien “fallaba”. Otro elemento característico de este modelo amplio de eficiencia es que paradójicamente, la falta de roles fijos creaba un grado de estabilidad en las tareas que se realizaban ya que el alto grado de reemplazabilidad promovía que los actores tuvieran más margen para negociar su actividad en función de sus motivaciones. En un contexto de falta de incentivos materiales (sueldo), la implicación motivada en las tareas era una condición esencial para el buen funcionamiento de la acampada, condición promovida por las propias características del modelo de cooperación puesto en marcha durante la acampada.

En conclusión, la acampada era capaz de cumplir con sus requisitos ético-funcionales basándose en un modelo de eficiencia basado en el cultivo de hábitos cooperativos y experimentales, hábitos que facilitaban el aprendizaje y por tanto, el ajuste creativo a diferentes tipos de prácticas y contextos, cosa que hacía que la acampada funcionara de forma fluida – y supiera resolver los conflictos y problemas que iban apareciendo.

Permítanme que vuelva brevemente sobre la cuestión con la que abrí esta presentación, a saber, la posible contribución de este tipo de estudios etnográficos a la teoría y filosofía políticas. Actualmente, nos encontramos con debates acuciantes sobre el rol de los expertos y las expertas en sociedades democráticas. En muchos casos se considera que la dependencia y el poder de los expertos representa un serio problema para la

legitimidad la toma de decisiones democrática. Este tipo de estudios nos puede ayudar a repensar estas tensiones entre saber expertos y democracias así como las soluciones prácticas e institucionales que tendríamos que darles. En este caso, el estudio etnográfico de una acampada climática nos permitiría pensar en nuevas formas de cooperación entre expertos y no expertos que eviten los riesgos tecnocráticos que van unidos a la hiper- especialización y complejización de nuestras sociedades. La organización de prácticas políticas inclusivas, participativas y horizontales puede aprender de las “soluciones” que nos dan los movimientos sociales y que el enfoque etnográfico permite recoger y analizar. En este sentido creo que, en el caso que he presentado, podemos hablar con Erik Olin Wright de un ejemplo de Utopía realista. En el caso de nuestras democracias liberales, esto supondría ir más allá de la división del trabajo epistémico actual y convertir el experimentalismo democrático en una forma de vida, en la línea de lo que John Dewey promovió durante la primera mitad del s. XX.